



MARTA MARTÍN GIRÓN

En aquel
ÚLTIMO
aliento



© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: En aquel último aliento.

© Marta Martín Girón

Nº Registro: M-002666/2017 09RTPI02956.1/2017

Maquetación: *Trabajobbie*

Portada: *China Yanly*

Primera edición: Mayo 2017

EN AQUEL ÚLTIMO

Aliento

MARTA MARTÍN GIRÓN

A todos aquellos que han encontrado el amor
y lo avivan cada día.

INTRODUCCIÓN

Dana

Desperté sobresaltada al tiempo que mi pecho palpita-
ba descontrolado. Acababa de tener un sueño intenso a la
vez que muy romántico. Verdaderamente me sentí enamo-
rada de aquel hombre de rostro borroso que invadía ese
mundo no existente.

Miré a la derecha y, allí, sin percatarse de nada, ajeno a
mi particular aventura emocional, dormía Brian.

La realidad distaba mucho de lo que acababa de expe-
rimentar, mas algo me decía que, quizá, algún día dejaría
de ser una fantasía.

Farón

Parecía que iba a ser una jornada más. Me quedaría en
casa, sin hacer gran cosa, esperando alguna llamada de la
compañía de telefonía móvil, algún nuevo cliente al que sa-
tisfacer sus necesidades. Pero ya estaba harto de tanta es-
tupidez. Aburrido de sentir esfumarse de esa manera el
tiempo. No quería seguir formando parte de un mundo tan
vacío, monótono y sin alicientes. Y sí, tenía un empleo apa-
rentemente cómodo que podía realizar desde casa, estaba
casado y era padre de una bella niña... Pero ahora, más que

nunca, notaba que me faltaba algo. Ni siquiera mi relación con Sofía era lo placentera que deseaba. Mi mujer tan solo se centraba en su trabajo y en nuestra hija. Desde hacía años, pasé a formar parte de un segundo plano para ella, uno en el que no era su prioridad, y mi corazón demandaba atención.

Transcurría largas horas cada día sin saber qué hacer, y quería encontrar algo con lo que cubrir el afecto que no recibía.

No me consideraba una persona dependiente de nadie y menos de una mujer, pero la falta de compañía, la carencia de amor es algo a lo que el ser humano aún no está acostumbrado del todo. Creo que si nacemos, crecemos y vivimos en sociedad, es precisamente por eso, porque nos necesitamos los unos a los otros, porque somos seres hechos para convivir en colonias. Pienso que va en nuestra genética.

Farón

Habían transcurrido dos meses desde que quedé con Álex a tomar un café. Aquella reunión de viejos amigos fue el detonante que inició el gran cambio.

Recuerdo cómo en mitad de las absurdecas y trivialidades de nuestra conversación, dejé escapar una atrevida idea que llevaba días rondando por mi cabeza. ¿De dónde la había sacado? No lo sé, pero aquel esbozo tenía muy buena pinta, y se podría convertir en una historia en toda su magnitud. Tras compartirla con mi colega, surgió la confirmación que deseaba recibir. Le había fascinado mi extravagante pensamiento y me animó a hacer algo con aquello.

—¿Por qué no escribes un libro? —planteó con entusiasmo. Por un momento dudé de sus palabras. Temí que solo se estuviera burlando del iluso que tenía frente a él. Si sus aclamaciones eran sinceras, supondría un empuje importante para mí, ya que, siendo sincero, esa idea no me pillaba por sorpresa, en realidad estuvo recreándose en mi mente en las últimas semanas dejando profunda huella. Tras barajarla, siempre llegaba a la misma conclusión: *¿Qué puedo perder?*

Y en verdad, no existía nada que perder. Absolutamente nada. A fin de cuentas, no tenía otra cosa que hacer más que ver morir a cada instante a los peones custodios de mi tiempo.

Dana

A veces, la vida es más dura de lo que nos podemos imaginar. Por fortuna, son rachas que van y vienen, etapas que no se quedan en nuestra realidad para siempre. Es necesario acostumbrarse a ello lo antes posible, liberar las emociones, dejar pasar los tormentos, o mejor dicho, ayudarles a cruzar tu pecho sin que queden agujeros. Mas las grietas siempre van a estar ahí. Perdurará una huella recordándonos una fase de nuestro crecimiento donde se produjo un profundo impacto.

Me pregunto por qué el ser humano se abraza con más intensidad a los momentos traumáticos que a los apasionados que nos colman de felicidad. Supongo que solo depende de cada persona, de lo fuerte que seas, de tus capacidades de adaptación y olvido...

Mas yo necesitaba borrar el pasado. Era imperativo. Dejar atrás los momentos compartidos desde niña con él, con Óscar, mi mejor amigo. Quizá no acabar con ellos, pero sí hacer lo posible para que no me dolieran por más tiempo. Sabía que volcar mi atención en algo artístico podría darme buenos resultados, desde el punto de vista terapéutico. Era el momento de practicar algo nuevo: escribir.

Ya no vertería toda mi angustia desconsolada en lamentar su pérdida. En su lugar, extraería de mi pecho el amor que nos vio crecer y lo plasmaría en algo bello para memorarlo. A fin de cuentas, él siempre me animó a hacerlo.

Me gustan tus cuentos, me decía. Aquellos que me iba inventando sobre la marcha cada vez que jugábamos o nos

aburríamos.

El corazón me solicitaba amar su recuerdo sin miedo.

De la creación que surgiera a través de mis manos, guiadas por su esencia, nacería un *nuevo Óscar*.

Farón

—Toma, Álex, ya tengo el borrador de la novela —dije extendiéndole un documento impreso, convencido de estarle haciendo entrega de una verdadera obra maestra.

Nos hallábamos en el mismo café que nos vio reunirnos apenas tres meses atrás.

—¡¿Ya?! —contestó mi amigo asombrado—. ¡Qué rápido!

—Sí, ya sabes que tengo mucho tiempo libre... Además, no podía parar de escribir. Parecía que todo surgía con estructura, de la nada.

—Al parecer lo tenías más meditado de lo que pensabas —bromeó.

—No lo sé. Pero debo confesar que me ha gustado mucho desarrollarlo.

Me sentía feliz. Desconocía si le iba a gustar mi trabajo, pero estaba orgulloso de mí mismo, y consideré que eso era lo más importante.

Por fin, después de tantos años, empezaba a encontrar sentido a mi vida. Ya no importaba que Sofía no tuviera tiempo para mí. Había descubierto algo que compensaba

todo ese espacio; al margen, claro, del lapso que disfrutaba por la tarde con mi hija, Lucía.

—¿Lo leerás? —le pregunté con cierta duda.

—¿Estás loco? Claro que sí. Recuerda que yo te di la idea. Si luego te haces famoso, me tendrás que nombrar en tus agradecimientos y discursos —bromeó. Aunque sus palabras no eran del todo sarcásticas. Eché a reír porque, en efecto, ambos sabíamos que tenía razón; me había atrevido a dar aquel paso, en buena parte, gracias a él.

—Está bien, cuando me den el premio Planeta o el Nobel de literatura, te citaré en mi *sermón* de agradecimiento.

—Eso me va gustando —afirmó con una sonrisa de complacencia.

Al cabo de dos días, mi colega me llamó para quedar conmigo.

—En el bar de siempre a las diez —indicó misterioso.

Y así fue. Cuando llegamos a nuestro particular sitio de reuniones, y después de pedir un café solo cada uno, me miró a los ojos con rostro serio.

—¿Qué, me vas a decir ya lo que te pasa? —le pregunté.

—Ya he terminado... —dejó caer sumiendo su frase en la incertidumbre.

—¿Y...?

—Todavía estoy alucinando.

Permanecí callado, mirándole, tratando de descifrar aquellas palabras. Desconocía cuál sería su pensamiento: ¿le habría gustado o pensaría que era la mayor mierda que había visto en su vida?; aguardé con paciencia a que continuase hablando.

—Me ha encantado —dijo al fin.

Traté de mostrarme comedido, disimular mi evidente júbilo; podría encontrar a gente que pensase distinto a él. Aun así, algo dentro de mí respiró con tranquilidad. Álex estaba siendo la primera persona que leía mi trabajo y su opinión, su impresión era muy importante. Solo imaginar que pudiera adentrarse en *la intimidad* de mi primogénito y pensase que no valía nada, me estuvo imponiendo un gran respeto.

Aproveché esa deferencia para cuidar los detalles mucho más. A pesar de mi novatez y aunque pudiera resultar casi imposible o inverosímil, deseaba que aquella muestra de mí mismo fuera perfecta.

—Solo tengo algunas anotaciones que darte —indicó extrayendo de su cartera una carpeta y de ella un taco de folios garabateados.

Le miré con cara de asombro.

—¿Qué es todo eso?

—Son unas pequeñas anotaciones y sugerencias que me iban viniendo a la cabeza según leía —explicó mesurado.

Entendí el motivo de su tímida argumentación, temía mi posible reacción. Le miré a sus grandes ojos marrones y ellos mostraban prudencia y respeto. Al cabo de un instante por fin le contesté.

—Es genial —dije agradecido. Álex suspiró—. Ya tengo trabajo —expresé gesticulando una sonrisa.

—Sí, eso parece —rio conmigo.

Cuando llegué a casa, comencé a ojear las sugerencias de mi amigo. Eran bastantes. Sin embargo, no tenía fuerza ni ánimo para comenzar a estudiarlas. Lo dejaría para el día siguiente, cuando en el silencio de la mañana mi cabeza necesitase distraerse con algo de provecho.

En ese momento me percaté de que mi orgullo había sido tanteado. Le entregué mi trabajo convencido de que ya rozaba la perfección, y él me lo devolvió plagado de anotaciones... Ese montón de hojas contenían muchas más de las que hubiera imaginado nadie pudiera encontrar.

Reflexivo, fui a la cocina a prepararme un café bien caliente, tras ello, con el portátil a cuestas, trasladé mi *centro de trabajo* al comedor. Encendí el aparato y esperé con paciencia a que arrancara; mientras tanto, dejé a mis papilas gustativas deleitarse con el templado caldo de cafeína. Esa tranquilidad me hizo zambullir en mis pensamientos: aquellas interminables hojas de apuntes y correcciones, servían para ver detalles que antes se escurrieron entre las, quizá, quince veces que pude releer a mi pequeño vástago.

El lector posee una capacidad muy importante, pensé, una que un buen escritor siempre necesitará: la perspectiva

sin implicación que el autor muchas veces no consigue tener.

Di otro sorbo...

¿Y luego qué?, medité. ¿Quién más lo va a leer? ¿Mi familia, Sofía...? ¿Y si no les gusta? Ni siquiera saben que he creado una novela. Mi padre se va a cachondear de mí, no se va a creer que haya sido yo quien lo ha escrito, le conozco, me vacila mucho... ¿Y Sofía..., querrá leerlo? Ella también desconoce la importancia que supone para mí este proyecto. Creo que, cuando se lo dejé caer, pensó que se trataba de una broma o que me entretendría garabateando cuadernos y folios sueltos sin mayor pretensión que ocupar el tiempo... ¿Qué pensarán cuando les diga que deseo publicarlo para que me lea todo el mundo? ¿Me tomarán el pelo? No creo. Espero que no... Cuando corrija las anotaciones de Álex, se lo diré a todos y buscaré la forma de publicar mis libros. Sé que este va a ser el primero de unos cuantos. Además, me da el pálpito de que haber dado este paso, de alguna manera, me va llevar a cubrir el hueco que tanto tiempo ha estado deseoso de ser ocupado.

Llevaba horas deseando que cayera la noche, que Lucía se fuera a la cama para quedarme a solas con Sofía. Esa madrugada deseaba hacer el amor con mi mujer como tiempo atrás, olvidándonos de todo, disfrutando de nuestros cuerpos desnudos, palpando el sudor del placer a través de nuestra piel. Me sentía tan eufórico por haber lleva-

do a cabo algo que no sabía si sería capaz de hacer o tendría el valor de concluir, que la emoción recorría mi organismo; la testosterona parecía haber invadido mis venas y genitales.

Unos instantes después de que mi mujer se metiera en nuestro cálido nido, fui a su encuentro. Me colé con disimulo debajo de las sábanas; su anatomía me daba la espalda. Pasé la mano por su muslo en dirección a la cadera. Casi había olvidado la suavidad de su piel. Solo de imaginar lo que a continuación deseaba hacer, sentí mi pulso acelerarse. Mas su primera reacción fue esquivar. Con el codo hizo un movimiento parecido al de espantar a un bicho. Y aunque estaba acostumbrándome a esa respuesta, *qué triste*, esa noche no quise ceder. La giré hacia mí y la besé sin contemplaciones. Un beso largo y profundo, uno de los que hacía meses no era capaz de darle.

Esa madrugada me volvía a sentir enamorado, pero de la vida.

Dana

La poesía inundaba mis pensamientos aunque todavía no lo sabía. Mi autoterapia estaba empezando a surtir efecto. Los primeros días fueron duros, el recuerdo de Óscar permanecía arraigado entre dolor y nostalgia. Siempre pensé que nos unía un amor platónico y, ahora, eso se confirmaba más que nunca.

Lloré, sin motivo aparente, solo por evocarle. Reí, recordando su sonrisa, la misma que luego me llevaba a sumergirme en un mar de lágrimas, sin consuelo, porque ya no le volvería a ver. Y de nuevo, surgía de la nada su fuerza, una energía que me empujaba a seguir adelante, a no rendirme aunque las emociones quisieran aplacarme en un aluvión de sentimientos y deseos inalcanzables.

Al cabo de unos días lo conseguí. Estaba superando la agonía, reconstruyendo su ausencia, elevándola por encima de la aflicción. Su pérdida ya no era completa, ni real del todo. Él seguiría estando, pero ahora, con la forma de una bonita novela.

Cuando finalicé el libro, quise que Brian lo leyese. No sabía cómo le iba a sentar, aunque supuse que quizá no muy bien. No alcanzaba a entender la relación tan estrecha que tuve con Óscar. Por largo tiempo traté de explicárselo, era mucho más que un amigo, un confidente, como un hermano, aunque en el fondo intuía que también nos unía una cierta atracción física que nunca quisimos empañar. Teníamos tanta complicidad, que la quisimos dejar intacta. ¿Miedo, tal vez? Sí, es posible. El miedo a perder algo extremadamente valioso para nosotros por hacer una tontería, por dar placer a un momento de deseo o excitación.

Sin haberlo hablado nunca, ambos decidimos dejar el amor carnal aparcado. Y al principio fue duro. Verle salir con otras mujeres, observar cómo las besaba delante de mí